

José Santos Chocano y España

Un famoso poema trunco ha creado la leyenda del odio de Chocano a España.—Una carta explicatoria del poeta.— Conversación con Angélica Palma en Madrid.— A pesar de todo, no hay odio en Chile contra el Perú.

El Mercurio ha publicado la célebre poesía de Chocano sobre España, la primera parte del admirable dístico en el cual Chocano pintó las dos «leyendas» hispánicas que ha recogido el mundo: «la negra y la dorada», o sea, la España de Torquemada y la de los santos e Isabel la Católica. Ha publicado mi diario la única parte del dístico que es conocida en Chile, y ha reproducido el poema burlesco de Víctor Domingo Silva, escrito en respuesta a este trozo.

Yo tengo algo que contar en esta ocasión, y la conciencia no se me aplacará si lo callo. Además, se trata de una vieja deuda mía contraída con el hombre ilustre del Perú.

Poco antes de mi partida a México, yo recibí una carta extensa de Chocano: me daba juicios bondadosos sobre la nueva producción poética de mi país y se ocupaba después largamente de hablarme de un asunto odioso, para él y para nosotros, que quería dejar en claro.

Era éste: a raíz de su visita a la Madre Patria, el poeta escribió, fuertemente removido por la visión de aquella España que a mi también me ha hecho una volteadura de las entrañas, un largo poema, especie de medalla con un anverso en oro y reverso en cobre dantesco. Era la pintura, un poco goyesca, de lo que significa España para el hombre que la ha amado sobre este mundo y para el que no ha querido amarla. Ha explotado aquí Chocano su genio para la antítesis, palpable a cada paso en su poesía. Las dos partes del poema son de una belleza expresiva suma, de una intensidad que llamaré *mantegnesca*, para darle mi más quemante elogio. La «leyenda dorada» y «la negra» están como coloreadas a fuego, a fuego amarillo y a fuego rojo... El poeta no da su visión; con la impersonalidad del artista que sólo quiere hacer dos aguas fuertes soberanas, él ha hecho la página bifronte, poniendo la misma firmeza de pulso en un cartón que en el otro.

Yo no sé qué revistero o periodista malévolo (¡ay! qué rica es de escorpiones nuestra América tropical!) publicó el dístico roto, dió la «leyenda negra», que la prensa de Chile reprodujo. Víctor Domingo Silva, varón hispanizante, respondió lleno de ira, al canto tremendo que así, trunco, aparecía malvado. Esta respuesta lírica fué, naturalmente cruel, una especie de cáustico en espalda sin pecado... Yo sé que nuestro poeta es hombre de caballerosidad cabal y respondo de que ha escrito su poema bajo el error en que han caído cuántos leyeron la composición despedazada.

Se explotaron desde entonces los dos poemas en diversas partes. Los españoles de varios países les dieron publicidad insistente, también hay que decir, odiosa. Al fin, aquellas dos serpientes líricas, especies de cobras del Brasil, llegaron hasta el poeta.

Entonces fué cuando él me dirigió aquella carta. Yo salía días más tarde para México; debí hacer la hidalga rectificación inmediatamente; la olvidé, en medio de mis afanes de viaje. Hoy, que veo reproducidas nuevamente ambas composiciones, siento un remordimiento amargo y salgo de la lectura para escribir las presentes líneas.

Pero aún hay cosas que contar.

Una noche, en la Residencia de Estudiantes de Madrid,

nos reuníamos en torno de una mesa, peruanos, chilenos y españoles, en un ágape cordial, que ojalá yo goce otra vez en mi vida. Díez Canedo había dado un juicio sobre la poesía de Chocano. No era todo lo admirativo que lo hubiésemos deseado Angélica Palma, (la hija de don Ricardo) y yo. Le replicamos, cariñosamente. El gran crítico español estima al poeta, pero sin haber visto, palpado, aspirado, nuestra América abrupta, no puede expresar cabalmente la poesía chocaniana, que casi es una duplicación del Continente, con su piña, su palo-rosa y su garza. Cuando yo manifesté mi admiración grande por Chocano, Angélica me miró un poco extrañada. Me dijo más o menos:

—Gabriela, hay un mal entendido grave entre los españoles y Chocano, que se debe a un poeta de ustedes, a Víctor Domingo Silva. Ha hecho mucho daño a mi país la propagación de ese error sobre las «Dos Leyendas» ¿Usted lo conoce?

Le contesté afirmativamente y le prometí rectificar en Chile cuando volviese...

—Rectifique usted, me añadió, ansiosamente.

Pero Angélica quiso castigar un poco en mí el pecado de mi compatriota, o bien defender plenamente, verso a verso, a su gran poeta. Se puso a recitar, pues, de memoria las largas estrofas de Silva, entre el estupor de Díez Canedo, que sin conocer ninguna de las dos poesías de Chocano, no podía comprender aquella lluvia de Fuego, de látigos juvenalescos ardiendo...

«Juglar de la estrofa, poeta de Circo...»
...«quejas de atorrante, gritos de matón...»
...«Judas de levita, Bertoldo sin maña...»

Yo no recuerdo si era al Conde de ñña Marina o era hacia Palma Guillen, la mexicana, hacia quien miraba yo con ojos imploratorios, porque cesara la recitación—admirable, por una parte, penosa, por otra—de mi ilustre compañera.

Al dejar Madrid, escribí una carta a Angélica Palma, que como don José de la Riva Agüero y como el periodista César Falcón, peruanos los tres, tuvieron las más delicadas atenciones para mí en aquella España, tierra común, de los hispano-americanos, para la noble emoción de cada hora. Yo agradecía a Angélica el envío de sus libros y le hablaba de una faena para el porvenir.

—«Tenemos, le decía aproximadamente, que trabajar las mujeres de su país y del mío, usted la primera, amiga mía, en lavar el odio de cuarenta años sobre el corazón de nuestros pueblos. El árbitro extranjero que buscamos ha de dejar resuelto el problema político de nuestras naciones, pero quedará el problema moral, el abismo labrado año por año, por los hombres de odio».

«Necesito decirle que en Chile, la faena será fácil; no hay odio para el Perú, en la clase culta, y entre los intelectuales hay la más leal estimación para los valores que el Perú ha entregado a la cultura americana, para su padre, para los García-Calderón, para Chocano». Ahora añadido, por mi parte, para usted.

En poco más, Angélica Palma, será tiempo de iniciar el trabajo de purificación, que nos pide la América. Yo estaré pronta y usted seguramente, lo estará también. Yo siento escribiendo estas palabras, la misma emoción que sentí al estrechar su mano, de que la alianza más difícil puede ser la más bella, que la retama florece sobre el tallo amargo...

Sobre Chocano y Chile hay algo que decir aún.

El mismo hombre que escribió la *Epopéya del Morro*, hizo también los versos magníficos de un poema a nuestro Lautaro, que dedicó al Ateneo de Santiago. Ha tenido Chocano muchos